

De mi querido amigo
Manuel J. Richards.

El Autor



EL MOVIMIENTO INSURRECCIONAL DE 1879

EN LA

PROVINCIA DE SANTIAGO DE CUBA.

EL MOVIMIENTO INSURRECCIONAL DE 1879

EN LA

PROVINCIA DE SANTIAGO DE CUBA.



(LA GUERRA CHIQUITA)

POR

Herminio C. Leyva y Aguilera.



HABANA.

IMPRENTA Y PAPELERIA "LA UNIVERSAL," DE RUIZ Y HERMANO,

CALLE DE SAN IGNACIO NUM. 15.

1893.

SA 1756.11

HARVARD COLLEGE LIBRARY
FROM THE LIBRARY OF
JEAN SANCHEZ ABREU
SEPT. 14. 1918



A Rafael Hernández de Castro

DIPUTADO A CORTES.

A POCO de haber terminado la guerra del 79, conocida en Holguin con el nombre vulgar de *Guerra Chiquita*, escribí un libro relatando, por menudo, aquel suceso.

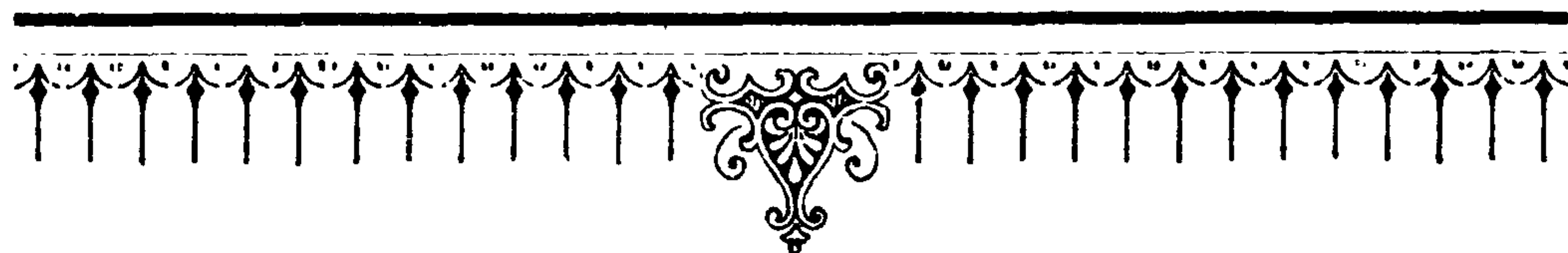
Era mi intención mantenerlo inédito, y persisto en ese propósito, porque entiendo que ciertos hechos históricos piden tiempo y sazón para que puedan pasar al dominio público sin alborotar pasiones

más ó menos bastardas. Sin embargo, circunstancias especiales, harto justificadas, me decidieron á dar á la estampa un girón de dicho libro en las columnas de *El País* y cuyos artículos supongo habrás leído.

Publicados ya, he creído conveniente reproducirlos en forma de folleto, á fin de que, coleccionados de esa manera, sirvan de testimonio en todo tiempo para justificar que no es de ahora, en presencia de los nuevos sucesos de Holguin, la sensatez con que ha procedido la mayoría del pueblo cubano, sino que viene dando pruebas evidentes de notable cordura, en armonía con nuestro credo político, desde la época en que se celebró la Paz del Zanjón.

Estimando, pues, que todo esto reviste un alcance de alta significación para la historia de nuestro Partido, alcance que está en relación con lo prominente de tu personalidad, permítame que te dedique estas páginas modestas en prueba del cariño que te profesa

Herminio C. Leyva.



‘EL PAIS.’

HABANA, MAYO 29 DE 1833.

UNA INTERVIEW CON EL SEÑOR GENERAL POLAVIEJA A PROROSITO DE LOS SUCESOS DE HOLGUIN.

NUESTROS lectores no ignoran quizás que el Sr. General Polavieja está afiliado á la fracción silvelista que acaudillará en el Congreso el Sr. Fernández Villaverde, mientras dure el original alejamiento en que se mantiene el verdadero Jefe de la disidencia. Tiene esta fracción por órgano en la imprenta al nuevo diario *El Tiempo*.

Ahora bien: *El Tiempo* fué uno de los periódicos que más sostenida atención consagraron á los sucesos de Holguin en artícu-

los y sueltos consagrados á encarecer la importancia del levantamiento, dirigiendo de un modo más ó menos directo graves inculpaciones al Sr. General Rodríguez Arias, á quien acusaba de imprevisión y de apatía; defendiendo al Sr. General Polavieja de los cargos que se le hacían por haber consentido la disminución del ejército de esta Isla,—defensa de la cual resulta que no hubo tal disminución—y últimamente, cuando se supo el restablecimiento de la paz, trazando el plan de la política que debe seguirse para preservarla de nuevos ataques; plan en que resplandece un espíritu singular de recelo, una ciega confianza en la fuerza; una completa desestimación del concurso decisivo que para empeños tales toca prestar á la opinión pública. Dadas la íntimas relaciones políticas de *El Tiempo* con el Sr. General Polavieja y la frecuencia con que á este se refiere, no es aventurado suponer que tales artículos y sueltos se deben á su inspiración: caso en el cual es fácil colegir la clase de política que deseaban ver implantada ante la perturbación del orden, los que según dijo el telégrafo se movían para que sustituyera dicho personaje al Sr. General Arias, cuando la alarma reinaba en Madrid.

Pero *El Tiempo* no se conformó con estas inspiraciones: y en su número del 2 de Mayo dió á la estampa, con gran extensión, un coloquio ó *interview*, como ahora se dice, que había tenido con el Sr. General Polavieja uno de los redactores del colega.

Dice *El Tiempo*:

Queriendo tener á nuestros lectores perfectamente informados, no solamente de lo que hoy acontece, sino de los antecedentes históricos de los sucesos de Cuba, fuimos á ver ayer al General Polavieja, quien nos recibió con su amabilidad de siempre y contestó á nuestras preguntas con un verdadero interés patriótico.

LA GRAVEDAD DE LO PRESENTE.

A nuestra pregunta relativa á este punto nos contestó:

«El alzamiento de las dos partidas insurrectas en el departamento de Holguin son de gravedad si resultan ciertas las noticias que el Gobernador General de Cuba manifiesta por cable, pues la existencia de 300 hombres sublevados á la vez, indica claramente que el movimiento insurreccional es de gran consideración, digan lo que quieran, y que ha debido tener su periodo de preparación, lento y pensado.

Hay que hacer caso omiso de lo que se ha dicho respecto de que esas fuerzas se encuentran en terrenos incultos; suponer que esto pueda ser en nuestro favor, es desconocer absolutamente la clase de guerra de aquel país. El insurrecto, una vez lanzado al campo, se mueve dónde y cómo quiere; su mayor defensa la tiene en los bosques y demás terrenos, que aquí llamamos incul-

tos, y en los que sobran allí elementos para la vida.

No puede caber duda alguna que el movimiento ha sido organizado desde el exterior, y seguramente las partidas que salgan de las Tunas serán mandadas por el cabecilla Varona, y las de Holguin, por Castillos, Guerra, Almaguer, Peralta y otros. Si el movimiento no es combatido con inmediato éxito y se da lugar á que el enemigo se fraccione en partidas pequeñas por la provincia de Cuba y á que vaya reclutando gente, engrosando sus fuerzas y extendiendo el teatro de la guerra, hay que esperar que pronto sea secundado por los titulados Brigadieres Guillermon, Puyols y otros, secundados por Flor Crombet, que no tardará en presentarse en el teatro de la lucha; y después de que tengan organizadas sus fuerzas allí, se presentará el titulado Generalísimo Antonio Maceo, pretendiente á la Presidencia de la República del *Estado independiente del Departamento Oriental*.

¿SON MUCHOS LOS SEPARATISTAS EN LA ISLA?

La mayoría del elemento del país, incluso el elemento autonomista, es opuesta á los movimientos insurreccionales; pero hay que tener en cuenta la situación en que vive el guajiro cubano, alejado de los centros de población, y aunque tenga ideas contrarias á los levantamientos y aún á la Indepen-

dencia del país, á despecho suyo se ve arrastrado por las amenazas de los organizadores y jefes de partidas, pues temen pagar con vidas y haciendas el no haberles secundado, por el delito de *traidores á la santa causa*.

HISTORIA DESDE EL CONVENIO DEL ZANJÓN

Al terminarse la campaña de Cuba con el convenio del Zanjón, las únicas fuerzas que se resistieron á aceptar la capitulación fueron las del Departamento Oriental, mandadas por el titulado General insurrecto Antonio Maceo, quien al fin tuvo que abandonar el país, sin aceptar el convenio, embarcándose para el extranjero, no sin despedirse antes de sus amigos, con la promesa de que muy pronto reanudarían la campaña, porque aquel acto no era más que un licenciamiento provisional. Esto tiene su explicación. Hay que reconocer que Antonio Maceo, durante la campaña, dió muestras de ser un valiente guerrillero y buen organizador, conquistando entre la raza de color, á que pertenece, y aun entre el elemento blanco, un gran prestigio. Esto le hizo concebir el proyecto de crear en el Departamento Oriental un Estado de color independiente como el de Haití. Se guardó mucho de comunicar estas ideas á los blancos que le apoyaban, porque necesitaba su auxilio para realizar este plan; sin embargo, no dejó de haber alguno de sus inmediatos

jefes blancos, que, durante la terminación de la primera guerra, traslucieron los proyectos de su jefe.

Hecha la presentación de sus fuerzas, como en el ánimo de éstas entraba la pronta continuación de una nueva campaña, tuvieron buen cuidado de no desorganizarse y al efecto se agruparon en poblados, como las zonas del Cobre, Botijas, Hongolosongo, Banabacoa y Santa Rita, con sus jefes y capitanes.

Antonio Maceo, en comunicación constante desde las inmediatas islas de Santo Domingo, Jamaica y Turcas, con sus subalternos que en Cuba habian quedado con este fin, tenía ya organizado el levantamiento en el mes de Marzo de 1879; pero la previsión del entonces Comandante general de aquella provincia, D. Luis Dabán, prendiendo y expulsando, con prévia autorización, á los cabecillas Flor Crombet, José María Rodríguez y Pablo Beola, evitó é hizo fracasar el movimiento. No por ello se desanimó Maceo; como no le habían quitado de Cuba más que una pequeña parte de sus principales elementos, reanudó sus trabajos, y ya en el mes de Julio los tenía muy adelantados, porque se puso de acuerdo con el titulado General Máximo Gómez, que tenía gran influencia en el Departamento Central, con el titulado Brigadier Goyo Benítez y otros varios, y tenía acordado el levantamiento de Oriente y Centro.

Los camagüeyanos, justo es decirlo, que

habían aceptado de buena fé el Pacto del Zanjón; que veían que el Gobierno cumplía todas sus promesas; que se les gobernaba bien, y que se atendía, por todos los medios imaginables, á rehacer las fortunas particulares, reconstituyendo al país, se rechazaron unánimemente las proposiciones que les hacían sus antiguos jefes, y por ello no tuvo eco en el Centro el desembarco del titulado Brigadier Goyo Benitez, en Septiembre de 1879.

En Julio del mismo año desempeñaba el General Polavieja el cargo de Comandante general de Puerto Príncipe, y tenía conocimiento exacto de todos los trabajos que, tanto en este departamento como en Oriente, se venían haciendo por los indicados Jefes; respecto al Centro, no tenía ni abrigaba el más pequeño temor. Se llevó desde la Habana al titulado Brigadier Rodriguez, de quien se sabía que iba á conspirar, para que comprendiera que nada alcanzaría. Así sucedió, y á los pocos días regresó á la Habana completamente desesperanzado.

A fines de dicho mes de Julio fué nombrado el General Polavieja Comandante general de Cuba, con gran sorpresa suya; y como tenía conocimiento exacto del estado en que aquella provincia se hallaba, puso reparos para hacerse cargo del mando, pues temía que la rebelión estallase inmediatamente; pero tuvo que prescindir de ellos, y en Julio de 1879 tomó posesión de tan importante destino.

Pocos días necesitó para comprender la gravedad en que se encontraba aquel departamento, y urgentemente dió cuenta de ello al Gobernador general, quien inmediatamente se trasladó á aquella provincia. Desde Santiago de Cuba, los dos Generales recorrieron á caballo las jurisdicciones de Guantánamo, Sagua de Tánamo, Mayarí Abajo, Holguin, Tunas y Gibara, puntos donde el movimiento insurreccional debía muy pronto levantar la cabeza.

Por razones y temores que no son del caso, no se pudo autorizar al General Polavieja para hacer quince ó veinte prisiones de los jefes principales del movimiento, que es lo que el Comandante general de la provincia de Cuba solicitaba con gran interés, pues tenía la seguridad de que con esta medida se podría, si no evitar en absoluto el movimiento revolucionario, por lo menos quitarle casi toda su importancia, porque aunque alguna partida saliera al campo lo haría sin jefes y pronto, por lo tanto, sería exterminada.

Con cinco días de anticipación avisó el General Polavieja oficialmente á la primera autoridad de la Isla el día en que el movimiento insurreccional debía efectuarse, y efectivamente, en la noche del 24 al 25 salieron las partidas en la jurisdicción de Holguin, siendo su jefe el cabecilla Belisario Peralta. El 26 fueron estos secundados en la misma población de Santiago de Cuba por los cabecillas Guillermo Moncada, José

Maceo y Rafael, hermanos de Antonio, y otros varios jefes, siguiendo á los pocos días levantamientos en Guantánamo, Jiguaní, Mayarí y Baracoa.

Convencidos al fin de que las medidas de benignidad y flaqueza no daban los resultados que se suponía, se autorizó al General Polavieja á emplear el rigor, y los resultados proclamaron el acierto del que había pedido la autorización desde un principio.

Esta insurrección que empezó con más alientos y con más práctica en los insurrectos que la de Yara, y que en un principio contaba con una gran parte de los elementos que tanto nos habían ayudado á nosotros en la primera campaña, esta segunda insurrección llevó á la manigua, según los datos oficiales, ocho mil y pico de personas, entre ellas más de 2,500 hombres armados de fusiles, y quedó, sin embargo, completamente terminada á los diez meses, gracias á la gran energía desplegada.

Varias veces tuvo Maceo preparada su expedición para desembarcar en Cuba; pero la gran vigilancia ejercida dentro y fuera de la Isla, hizo fracasar este acontecimiento que, de realizarse, habría sido un grandísimo contratiempo para nuestra causa. Calixto García desembarcó en la costa próxima á Santiago de Cuba, después de algunos meses de campaña. A las cuatro horas de pisar tierra, ya tenía fuerzas en su persecución, y esta fué tan activa y tenaz, que tuvo á los pocos días que entregarse.

No por eso desmayó Maceo; visto que las alianzas con el elemento blanco no le habían dado los resultados que él esperaba, se puso en contacto con el ex-presidente de la República Dominicana, Sr. Luperón, entrando á formar parte de *La Liga Antillana*, organización hecha por la raza de color.

Quebrantada la salud del Sr. Polavieja por los rudos y frecuentes trabajos de la campaña anterior, tuvo que ir á los Estados Unidos con licencia por enfermo, y en los tres meses que allí estuvo logró averiguar los trabajos que desde allí se hacían en favor de *La Liga Antillana*, trabajos hechos con gran precipitación, pues suponían que podrían conseguir inmediatos resultados. En el mes de Noviembre regresó á Santiago de Cuba casi completamente restablecido, y una vez allí, gracias al especial servicio de confidencias que tenía establecido, pudo averiguar los trabajos que tenían hechos, y el 10 de Diciembre quedaron reducidos á prisión los Comités de Cuba, Palma, San Luis, Gougo, Guantánamo y Sagua de Tánamo, los cuales, en número de 265. todos de color, y presos en un mismo día y hora, fueron trasladados á Fernando Póo.

Con esta medida quedó el Departamento Oriental hecho una balsa de aceite, y la confianza renació completamente.

En el año 84 ú 85, no lo recordaba bien el General, hubo en dicha provincia otra intentona revolucionaria, desembarcando

en ella y formando una partida separatista de cortísima fuerza el titulado General Limbano Sanchez. Se hallaba de Gobernador General el General Fajardo, y gracias á la actividad y energía que desplegó, se consiguió dar muerte al jefe y la presentación de la partida.

En 1889, el titulado Brigadier Flor Crombet, inmediato jefe de Maceo, que se hallaba emigrado en unión de éste, solicitó acogerse al pabellón español; se le concedió la autorización siendo Gobernador General el General Salamanca (q. e. p. d.,) y con objeto de que se dedicase á los trabajos, le facilitó dicha autoridad mil duros en oro. Con ellos estableció Crombet un simulado corte de maderas, en la zona de Jarahueca, jurisdicción de Cuba, y allí empezó á reconcentrar sus antiguos subordinados, siendo esta la vanguardia de Maceo, pues no fué mandado á Cuba con otro fin que el de preparar terreno.

Pocos meses después, Antonio Maceo, en en 28 de Diciembre del 89, se presentaba al Cónsul español de Port-au-Prince, manifestándole los propósitos de establecer una lotería y crear allí una colonia agrícola, y sus deseos de presentarse en el Gobierno General de Cuba á pedir protección, con objeto de realizar alguna propiedad que tenía en Santiago de Cuba. El General Salamanca escribió al referido Cónsul para que, en su nombre, diese seguridades á Maceo de que, una vez en Cuba, nadie le molestaría. A

consecuencia de esto, se presentó Maceo en la Habana dos ó tres días antes del fallecimiento del General Salamanca, y no pudo conseguir ver á éste. Maceo se avistó en seguida con los antiguos jefes blancos subordinados suyos, los que creyeron que aquél venía á trabajar de buena fé.

Un antiguo subordinado suyo que tenía establecido en la Habana un vasto negocio, en seguida le ofreció participación; pero obligándole á no volver á pensar en política separatista. Accedió Maceo aparentemente á esta proposición, mas continuó en su labor de conspirador, haciéndose con varios elementos y poniéndose en contacto con los bandidos.

Con el bandido *Manuel García* tuvo dos conferencias en los terrenos del término de Alfonso XII, y en ellas convinieron en que Manuel García, como Comandante General de todas las fuerzas de la Vuelta Abajo, secundaría con unos 300 hombres, el movimiento que había de iniciar Maceo en Oriente. Después de estos arreglos, Maceo marchó á Santiago de Cuba.

Con la correspondiente autorización se presentó Maceo en Santiago de Cuba, donde ya Crombet le tenía bastante preparado el terreno. Con bastante lijereza fué grandemente obsequiado por algunos elementos autonomistas, quienes más tarde se arrepintieron, pues llegaron en absoluto á convenirse de las ambiciones que dicho caudillo sustentaba respecto al Departamento Orien-

tal. Allí campó por sus respetos durante mes y medio, dando fin á todos sus trabajos y llevando públicamente un fajín de General con una estrella, como símbolo de la independencia del país. En el Hotel Lasus, donde residía, fué visitado por muchísimas personas de color, que de todo el territorio vinieron á ofrerle sus respetos y á ponerse *incondicionalmente á sus órdenes*. Además recorrió los campos, donde era victoreado y aclamado, y donde tenía ya preparadas sus gentes para lanzarse á la lucha en los primeros días de Septiembre.

En esta situación, el 24 de Agosto de 1890 el General Polavieja se hizo cargo del Gobierno General de la Isla de Cuba. Ya desde Puerto-Rico tenía noticia exacta y fidedigna de lo que en el Departamento Oriental sucedía; así es que su primer acto en aquél mando fué sofocar el movimiento, expulsando del país antes de los ocho días, á Maceo y á otros jefes, y haciendo saber á los elementos autonomistas de Cuba, entre los cuales muchos inconscientemente le habían secundado, que esperaba de su cordura que el hecho no se repetiría. Agradecieron mucho esta prueba de consideración. A los demás comprometidos los tranquilizó con un completo olvido de cuanto había hecho, con tal de que trabajaran y desistieran de rebeliones.

Maceo, al ser embarcado en Santiago de Cuba, se despidió de sus jefes ante el público, diciéndoles que antes de dos meses esta-

ría entre ellos. Se trasladó á Nueva York, y de allí á Santo Domingo, aproximándose, después de su fracaso, á los cabecillas Máximo Gómez y Serafín Sánchez y á otros cubanos que residían en Monte Cristi, y con los cuales entabló negociaciones.

En el mismo año 1890, en el mes de Octubre, y con objeto de conmemorar el alzamiento de Yara, hubo una intentona de levantamiento en la jurisdicción de Remedios, intentona que se sofocó con tiempo.

Maceo siguió su correspondencia con algunos de los jefes más adictos del Departamento Oriental; pero la exquisita vigilancia que dentro y fuera de la isla se ejercía, tenía al corriente á la primera autoridad de todas las combinaciones. En Octubre del 91 fué un comisionado á las Tunas, con objeto de hacer simultáneamente allí y en la jurisdicción de Holguín un levantamiento de importancia. El General Polavieja se le adelantó: colocó fuerzas en puntos estratégicos y adoptó medidas de rigor, expulsando de la isla á los que se debían poner al frente de las partidas y amenazando á algunos de los comprometidos. Así consiguió que abortara dicho movimiento, quedando completamente fracasado.

RESUMEN.

Por los antecedentes dichos se comprende fácilmente que la formación de las actuales partidas obedece exclusivamente á los trabajos hechos en la isla y dirigidos desde el

extranjero, y no cabe la menor duda de que si no se acude con prontitud y energía, sin escasear recursos de ninguna especie, á exterminar dichas partidas, muy pronto las secundarán las jurisdicciones de Jiguaní, Palma, Cauto, Cobre, Jarahueca, Guantánamo y Baracoa. Hay, pues, que localizar la guerra, y luego acabarla por aplastamiento.”

El General nos enseñó documentos oficiales, cartas y claves de los cabecillas insurrectos, magníficos planos de la isla y un verdadero archivo para ilustrarse en todo lo concerniente á la guerra y á las conspiraciones de Cuba.

Como se vé, sin necesidad de exterminar á nadie, según hubiera querido, por lo visto, el Sr. General Polavieja, se ha restablecido la paz, mediante un factor para el cual solo tiene silencio y olvido: la opinión del país.

Ahora solo falta averiguar, si como historiador tiene mejor fortuna que como profeta. Puede temerse que, en parte, al ménos, la tenga; porque jamás se han conocido conspiraciones tan teatrales, tan aparatosas, tan cándidas y sabidas por cuantos han querido saberlas; conspiraciones conducidas con imprevisión y ligereza tan grandes, como las de ciertos pretensos libertadores, que solo aciertan dar armas y pretextos á los enemigos de las reformas, proporcionando fáciles triunfos á las Autoridades recelosas, y aumentando más y más cada día la desgracia y la humillación del país.



“EL PAIS.”

HABANA, MAYO 31 DE 1893.

RECTIFICACION NECESARIA

La siguiente carta de nuestro distinguido amigo el Sr. D. Herminio C. Leyva, con los documentos que la acompañan y que hoy comenzamos á insertar, han venido muy á tiempo para evitar que todas las apreciaciones del Sr. Polavieja, tales como aparecen en la *entrevista* que conocen nuestros lectores, y revestidas con la autoridad que confiere á las palabras del General el alto cargo militar que ejercía en la provincia Oriental durante el levantamiento de 1879, sean acogidas con informes de irrecusable exactitud. El Sr. Leyva también estuvo en Oriente en aquellos momentos, desempeñando una importante comisión, que lo obligaba á investigar minuciosamente los hechos y á confe-

renciar con muchos de los que en ellos intervinieron, y los datos con que acude á rectificar las afirmaciones del General Polavieja, serán leídos con verdadero interés y con la confianza á que son acreedoras la buena fé y completa imparcialidad de la narración.

Sr. Director de *El País*.

Mi querido amigo: Acabo de leer con no poca sorpresa, la *entrevista* que publica usted en el número de hoy, celebrada entre el General Polavieja y un redactor del periódico *El Tiempo*, de Madrid.

Veó con pesar que en ese curioso documento aparece desfigurada en muchos particulares de importancia la verdad de lo ocurrido el año 1879, cuando estalló en Holguín la *guerra chiquita*, pues se atribuye exclusivamente al Sr. General Polavieja la pacificación de aquel movimiento armado, merced á ciertas medidas de fuerza dictadas por él, cuando en mi sentir fueron esas mismas medidas las que hicieron prolongar hasta diez meses el expresado movimiento.

Veó también que en el relato de los sucesos, ya sea por un *olvido* que raya en menosprecio, ó ya por calculado propósito, no se hace siquiera la más leve alusión á la parte directa, activa y eficaz que tuvo el Partido Autonomista en la expresada pacificación.

Veó además que en el susodicho documento resulta muy obscurecida la gloria

que supo conquistar entonces el General Blanco, Marqués de Peña Plata, con su política conciliadora y de felices resultados, puesto que su nombre esclarecido y prestigioso por todo extremo ni siquiera se ha mencionado una sola vez en la *entrevista*.

Por tales errores, reservas y omisiones, la interesante reseña hecha por el Sr. General Polavieja, según la redacción de *El Tiempo*, pudiera resultar en daño de respetables personalidades, además de prestarse á la alteración de la verdad histórica cualquiera inexactitud acreditada y amparada bajo la autoridad de su nombre. Quien como yo ha intervenido directamente en los trabajos de la pacificación en el año 1879 ¿podría en estas circunstancias guardar silencio sin hacerse de esa manera cómplice de los juicios equivocados, de las deducciones injustas, á que darían sobrado fundamento las declaraciones del General Polavieja si no se rectificasen á tiempo?

Se trata de sucesos que llenan una página importante de la historia política de nuestro país, y en la exposición de esos hechos aparece que á unos se les arrebatan los prestigiosos esfuerzos realizados en aras del porvenir de Cuba; á otros la gloria de su pacificación, para atribuir á otros, con singular parcialidad, exagerados merecimientos; y por eso es que ruego á Vd. me facilite las columnas de su periódico para trasladar á ellas algunos capítulos de un folleto que tengo escrito y conservo inédito, relativo á

los sucesos de Holguin del año 1879, en los cuales se refiere de qué manera se realizó aquel movimiento armado, y quiénes fueron sus verdaderos pacificadores, con otras cosas de sustancia en esto de los levantamientos cubanos.

Seguro de que me dispensará usted ese favor, le incluyo los mencionados capítulos y le anticipa las gracias su amigo q. b. s. m.

Herminio C. Leyva.

Mayo 30, 1893.





EXTRACTO DE UN LIBRO INEDITO.

.....
.....
En este estado las cosas y cuando la inmensa mayoría del pueblo cubano no tenía más aspiración, políticamente hablando, que la de seguir honrada y lealmente por las vías de la legalidad y el régimen constitucional que se le habían abierto en virtud del *Pacto del Zanjón*, túvose noticia en la Habana, con no poca sorpresa de sus habitantes, de que había estallado en Oriente un nuevo movimiento separatista, habiéndose levantado varias partidas armadas. Así era en efecto.

¿De dónde nació y qué circunstancias favorecieron semejante trastorno en el orden de cosas nuevamente establecido?

Voy á decirlo en muy breves palabras, por ser asunto pertinente al objeto de esta publicación.

Hallábase en Madrid, en calidad de pri-

sionero de guerra, el General insurrecto don Calixto García Iñiguez, (1) natural de Holguín, cuando ocurrió la Paz del Zanjón. Por esa causa no figuró él entre los capitulados, sin duda alguna.

Realizado dicho convenio, el Gobierno Metropolitano en virtud del artículo 2º del Pacto, puso en libertad al Sr. García Iñiguez, quien se trasladó en seguida á los Estados Unidos de América.

Alejado de Cuba por la referida causa el General García Iñiguez, hacía ya tanto tiempo, pues su confinamiento en la Península databa desde el año de 1874, ni conocía el verdadero estado de decadencia en que se hallaban los elementos separatistas de su país, cuando se vieron obligados por la fuerza de las circunstancias á transigir en su demanda, ni mucho menos conocía dicho General la situación de espíritu de sus paisanos, decididos en su inmensa mayoría á reconstruir la riqueza destruida y dedicarse al trabajo, al amparo de la paz confiando en el desenvolvimiento gradual de las libertades sancionadas por el Convenio del Zanjón.

Con ese desconocimiento de los cambios verificados en cinco años, y considerándose el Sr. García Iñiguez, desligado personalmente de todo compromiso con el Gobierno

(1) Fué este señor el primer prisionero de guerra de alta gerarquía militar á quien se perdonó la vida; debiéndose esa resolución humanitaria al General D. José de la Concha.

español, por el solo hecho de no haber figurado él entre los capitulados, y creyéndose por otro lado con prestigio bastante y fuerza moral suficiente para volver á encender la guerra en Cuba, la emprendió desde playas extranjeras, de acuerdo, según es de suponerse, con los jefes de la pasada campaña, Sres. D. José Maceo, residente á la sazón en Santiago de Cuba; D. Guillermo Moncada, que se hallaba de jefe de la zona de cultivo de Puerto Príncipe, y que solicitó y obtuvo del General Blanco igual destino en Santiago de Cuba; D. Silverio Prado, D. Pío Rosado y otros jefes de más ó menos significación en la guerra de los diez años.

Nombró el Sr. García Iñiguez para mandar las fuerzas de Holguin, donde estalló el nuevo movimiento, á D. Belisario Grave de Peralta, oficial general de la pasada campaña, con el título de Brigadier Jefe de las fuerzas insurrectas de dicha localidad.

A esta sazón ya el General D. Arsenio Martínez Campos, había entregado el mando de la Isla al de igual categoría militar D. Ramón Blanco y Erenas, Marqués de Peña Plata.

No haré la apología de este caballero durante su mando en Cuba, ora porque no es asunto de este lugar, ya también porque mi amistad particular con él, siempre consecuente y cariñosa, acaso expondría á la sospecha de no ser todo lo imparcial que el caso requiere. Me limitaré, pues, á juzgar al hombre en los momentos difíciles en que

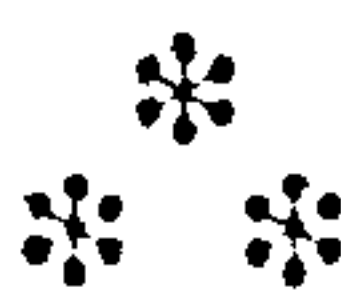
le sorprendió la noticia, infausta y peligrosa para él, del nuevo movimiento armado.

Liberal de sentimientos el General Blanco, de bastante talento natural y no escasa instrucción, dotado de un gran espíritu de conciliación, conocedor del carácter cubano y continuador de la obra pacificadora del General Martínez Campos, pues fué esta la misión especial con que vino á Cuba por elección de éste, llamó á su lado desde el primer momento que estalló la nueva revolución á todos los elementos liberales del país y con ellos emprendió la obra difícil de poner fin á aquella intentona, á pesar de la presión que trataron de ejercer sobre él, aquí en Cuba, ciertos elementos integristas para que no empleara otros medios que el de la fuerza de las armas. Error crasísimo en el cual, por fortuna, no incurrió el General Blanco, bien porque repugnaba á su carácter noble y generoso, derramar sin necesidad sangre de hermanos, ora porque demasiado sabía él que no contaba el Gobierno con medios bastantes para sofocar la insurrección por los medios violentos que le indicaba la pasión política obcecada; pero sea de ello lo que fuere, lo cierto es, que el resultado vino á justificar al poco tiempo que el General Blanco había sabido escoger con verdadero tino político el medio más eficaz y seguro para acabar, como acabó en breve plazo, con la nueva tentativa revolucionaria.

Al efecto, principió por celebrar una lar-

ga conferencia con el Jefe del Partido Liberal, Sr. D. José María Gálvez, y una vez seguro de que podía contar con el concurso moral de dicho partido, emprendió la obra de la pacificación apoyado en los elementos del país, y en la fuerza incontrastable de la opinión pública, pronunciada por la paz y el progreso legal.

La sinceridad con que respondió ese Partido, no hay para qué encarecerla: está en la conciencia pública y escrita consta en distintos documentos que conservo en mi poder, entre ellos una carta particular del General Blanco.





Pertenecía el que esto escribe al Partido Liberal desde su creación, habiendo sido uno de sus fundadores, y con ese antecedente y creyéndome el General Blanco con algún prestigio é influencia entre los que se habían levantado en armas, por el solo hecho de mi nacimiento en aquella región, me dispensó la honra de pensar en mí para confiarme la misión política de pasar á Oriente á conferenciar con los Jefes del movimiento, no sé si por indicación de alguien ó por propia inspiración.

Pasóme al efecto un recado atento; fuí á verle; expúsome sus deseos, y sin embargo de mi tenáz resistencia en aceptar una misión que dicho sea sin falsa modestia, considerába yo superior á mis fuerzas, hube de acceder al cabo de mucho contender, con la esperanza de prestar un servicio útil á mi país, á la nación española y al propio General Blanco, nombres que uno trás otro invocó éste para reducirme á sus pretensiones.

A esta altura nuestra conferencia, le hice presente las condiciones con que aceptaba

el encargo, á saber: primero, que no se había de derramar una sola gota de sangre de hermanos; segundo, que se me habían de facilitar allá en Oriente cuantos medios creyera yo necesarios al logro de la pacificación, sin limitación alguna; y, finalmente, que había de funcionar como delegado suyo en todo lo que procediera y fuese necesario. No puso objeción alguna S. E. á mis razonables exigencias, y confirióme la comisión, por último, bajo las siguientes bases: que propusiera á los insurrectos la deposición de las armas bajo la garantía de que serían respetadas sus vidas; que el que quisiera quedarse en el país, podía hacerlo seguro de que no se le había de molestar en manera alguna, y que se le facilitarían medios de transporte á todo el que quisiera salir del territorio cubano.

Entre tanto las operaciones militares iban tomando cuerpo, así por parte del Gobierno como por la de los insurrectos, cuyas posiciones conocían perfectamente las tropas contendientes después de diez años de guerra nunca interrumpida.

Pero antes de seguir en la narración de los hechos referentes á mi misión á Oriente, he de consignar un incidente histórico que no quiero se pierda en el tintero, porque puede ilustrar estos apuntes.

Creía el General Blanco que al Sr. García Iñiguez no le impulsaba otro sentimiento al renovar la guerra, que el del medro personal; y en ese concepto, antes de que yo pa-

sara á Oriente me propuso fuese á Jamaica, donde se sabía ó se suponía que estaba García Iñiguez por entonces, y le propusiera la entrega de cierta cantidad en cambio del abandono de sus proyectos.

Hícele varias reflexiones al General, contrarias á la idea errónea que se había formado del caracter del Sr. García Iñiguez, á quien conocía desde nuestra niñez, y después de discutir un tanto el asunto, abandonó S. E. aquel pensamiento para fijarlo ya decididamente en mi viaje á Holguín.





Aceptada la comisión en la forma expuesta en el capítulo anterior, pedí al General que se agregaran á ella D. Jesús Rodríguez, ex-escribano de Holguin, íntimo amigo mío, que á la sazón se hallaba en la Habana, y don Manuel Grave de Peralta, que se encontraba en una de las estaciones del ferrocarril de la Bahía.

Voy á explicar en qué me fundé para elegir á Rodríguez y á Peralta para compañeros de comisión.

Procedía el primero de la campaña separatista iniciada en Yara, cuyas vicisitudes siguió desde su comienzo hasta la Paz del Zanjón, ocupando siempre distinguidos puestos en la Cámara insurrecta. Hombre honrado, dotado de un caracter noble y generoso, y patriota cual el que más, había aceptado el convenio del Zanjón con el propósito decidido de cumplirlo fielmente: esto me constaba.

Hallábase en Holguin cuando estalló el nuevo movimiento, y temeroso de que se le supusiera, como se le supuso por los ele-

mentos integristas de allí, partícipe en dicho movimiento, se trasladó á la Habana inmediatamente que surgió el levantamiento.

Conociendo yo su buena fé y honrados propósitos, y suponiendo que había de tener la influencia de que yo carecía, entre las gentes levantadas en armas, supuse asimismo fundadamente que su cooperación había de serme de gran utilidad, como así fué, en la obra de pacificación que me llevaba á Oriente.

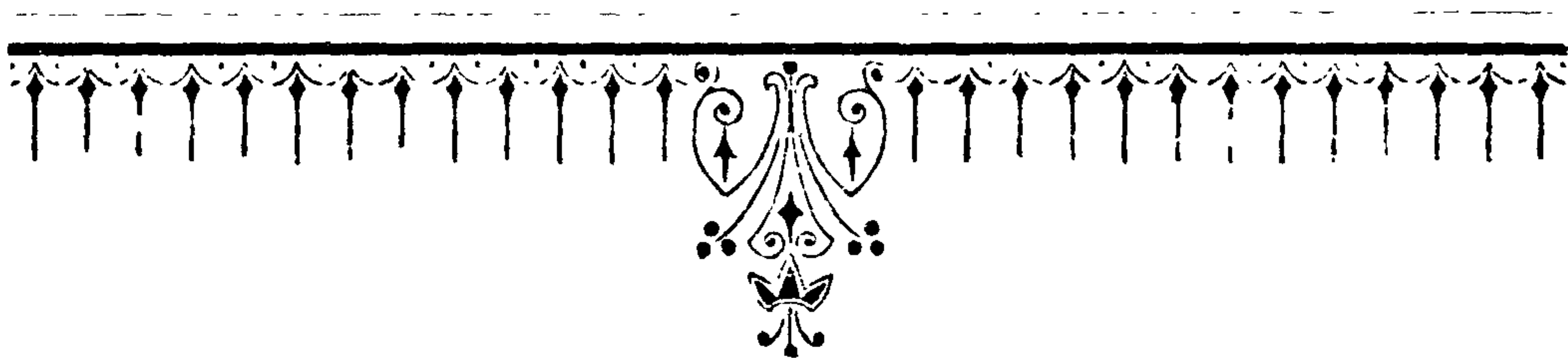
Autorizado, pues, por el General Blanco, me puse de acuerdo con el Sr. Rodríguez y presentado por mí á S. E., se prestó gusto-so á formar parte de la Comisión.

En cuanto al Sr. D. Manuel Grave de Peralta, sus auxilios me fueron no menos provechosos que los del Sr. Rodríguez, hermano carnal de D. Belisario, jefe éste de las fuerzas insurrectas de Holguín, y hombre don Manuel de un temperamento apacible, de gran corazón y honrado á toda prueba, condiciones que me eran suficientemente conocidas, calculé que nadie mejor que él podía servirme en aquellos momentos difíciles, así para penetrar en el campo insurrecto, como para reducir á su hermano á la legalidad existente, puesto que éste no podía dudar de la buena fé y pureza de intenciones de la Comisión, formando parte de ella un hermano suyo, querido y venerado de toda su familia.

Se telegrafió por conducto del Adminis-

trador del ferrocarril, Sr. Odoardo, á la estación donde se hallaba D. Manuel, vino éste, lo presenté al General, aceptó de buen grado la Comisión, y después de obtener nuestros pasaportes y demás documentos oficiales que eran del caso, emprendimos viaje en el vapor *Clara*, el día 13 de Septiembre de 1879: el movimiento había estallado en Agosto.





Al llegar á Gibara nos encontramos con una novedad que estimamos como una seria contrariedad para nuestra misión pacificadora. Los insurrectos habían atacado rudamente al pueblo de Mayarí dos días antes, y el resto de su guarnición maltrecha, después de un día entero de empeñado combate tuvo que refugiarse en la iglesia de aquel poblado con su jefe á la cabeza, coronel Pin.

Avisado oportunamente por telégrafo del ataque de Mayarí el Mariscal de Campo D. José Valera, Comandante Ceneral á la sazón de Holguin y las Tunas, reunió en Gibara toda la tropa que pudo y embarcándose en el cañonero *Alarma*, forzando la máquina, se dirigió á la bahía de Nipe, donde llegó al oscurecer del día 15 (Septiembre de 1879.)

Inmediatamente trasladó la tropa á la lancha y á los votes de á bordo, y siguiendo cautelosamente por el río de Mayarí que desemboca en la bahía de Nipe, protegido por la oscuridad de la noche, llegó á la po-

blación al amanecer del día 16, sin contratiempo alguno.

Descuidados los unos y reforzados los otros, fácil fué al General Valera salvar al coronel Pin de la situación difícil en que se encontraba, desalojando á los insurrectos de las posiciones que habían conquistado el día anterior.

En este estado las cosas y en medio de la alarma producida en Gibara por el ataque de Mayarí, llegamos los Comisionados al primer punto el mismo día 16.

Comprendiendo la Comisión lo embarazoso de la situación que le rodeaba por aquel acontecimiento, cuya gravedad le imponía el deber de dirigirse á Mayarí, ya porque era de suponerse que existiera allí el grueso de las tropas insurrectas, ó bien porque se encontraba en aquella localidad el Comandante general de Holguin y Las Tunas con quien teníamos que entendernos en primer lugar para principiar á cumplir nuestro encargo, nos presentamos al Comandante de Armas de Gibara en demanda de medios de transporte para dirigirnos á Mayarí.

Después de algunas dificultades que nos opuso el expresado Comandante, vencidas con la exhibición de los documentos que ordenaban se nos prestaran auxilios donde quiera que los pidiésemos, se puso á nuestra disposición el cañonero *Ericson*, su comandante el teniente de navío D. Gabriel Rodríguez Marban: en él nos embarcamos con

dirección á la bahía de Nipe, donde llegamos ya cerrada la noche del 17, fondeando cerca del *Alarma*, que aún se encontraba en dicha bahía.

Inmediatamente nos trasladamos á ese cañonero, puesto que se encontraba á su bordo el General Valera, que poco antes había regresado de Mayarí, dejando guarnecida la población y en estado de relativa tranquilidad.

Presentadas nuestras credenciales y enterado el General de la misión que nos llevaba al territorio de su mando, nos ofreció, como era natural, su incondicional apoyo, en armonía con las instrucciones que acababa de recibir del Capitán General de la Isla.

La poca comodidad que ofrecían los cañoneros que vigilaban las costas de Cuba en aquella época, por su tamaño reducido, no permitió al General Valera que pudiera ofrecernos mejor alojamiento, y así fué que hubimos de pasar la noche durmiendo sobre la cubierta del *Alarma*, teniendo por techumbre el cielo espléndido de Cuba, tachonado aquella noche de palpitantes estrellas, y sólo una pequeña almohada para recostar la cabeza.

.....





La exactitud con que me he propuesto relatar los hechos que comprende esta narración, y el deseo que me anima de no omitir ningún detalle que pueda comprobar los esfuerzos que hizo la Comisión para conseguir la paz en aquellos días memorables para mí, me obligan á consignar un incidente que he dejado de narrar en su oportunidad.

Antes de salir de Gibara para Mayarí tuve una entrevista en el primer punto con mi paisano D. Guillermo Cardet, á quien suponía yo enterado de lo que pasaba en el campo insurrecto y en quien tenía alguna confianza, pues así en la Habana, donde nos habíamos visto á raíz de la paz del Zanjón, como en Gibara, me había prometido calurosamente el Sr. Cardet su cooperación en aras de la tranquilidad de nuestro país. Con estos antecedentes lo agregamos á nuestra Comisión en el viaje á Nipe, calculando nosotros que nos podía ser de mucha utilidad su persona para penetrar en el campo insurrecto, dadas sus relaciones de amistad con las gentes de Mayarí, puesto que estaba

casado con una joven de aquella localidad, hermana por cierto del infortunado D. Arcadio Leyte Vidal.

Una vez en Nipe le encargamos que pasara á avistarse con el jefe insurrecto que mandaba las fuerzas de Mayarí, D. Luis de Feria, invitándole á celebrar una conferencia con la Comisión en el punto que él eligiera.

Bien sea que no le fué fácil al señor Cardet penetrar en el campo insurrecto ó que no se atrevió, lo cierto es que se nos presentó manifestándonos que había dirigido una carta al expresado Féria, proponiéndole la conferencia, y que Soria, que era el que se hallaba allí en aquellos momentos al frente de la revolución, había contestado al coronel Pin que si deseaba conferenciar con él podía recibir á *un militar español*, pero no ningún cubano, pues estaba dispuesto á fusilar á todo hijo del país que se presentara á él en demanda de la paz.

Con semejante resultado resolvimos abandonar definitivamente la zona del Mayarí para penetrar en la de Holguín, donde ya sabíamos por el General Valera, que se encontraba el grueso de las tropas insurrectas con el jefe de la revolución, D. Belisario Grave de Peralta.





Una vez de regreso en Gibara, estuvimos allí el tiempo puramente necesario para habilitar nuestro viaje á Holguin, el cual realizamos en compañía del General Valera, sin tropiezo alguno, pues se hallaba aquel camino libre de emboscadas y otros peligros semejantes.

Excuso decir que no perdí ocasión durante nuestro tránsito por los poblados que median entre Gibara y Holguin, para regar la semilla de la paz en nombre del Partido Liberal, cuya misión, como se verá más adelante, me había confiado muy especialmente dicho partido.

Al llegar á Holguin, mis compañeros de comisión se instalaron en las casas de sus respectivos parientes, pues la población carece de hoteles, y á mí se me alojó en la histórica *Periquera*, residencia habitual de la autoridad militar y de las oficinas del Gobierno.

Después del natural descanso nos reunimos los de la Comisión en la *Periquera*, y de acuerdo con el General Valera resolvi-

mos enviar á nuestro compañero D. Manuel Peralta al campo insurrecto con un práctico á fin de que indagara el paradero de su hermano D. Belisario, y poniéndose de acuerdo con él, concertara el medio de realizar una conferencia con la Comisión.

Salió D. Manuel el día 20 de Septiembre y después de mucho vagar y no pocos trabajos é inconvenientes para dar con su hermano, pues receloso éste y suspicaz, evitaba todo encuentro con personas extrañas á las de sus partidas, pudo al fin avistarse con él, consiguiendo á duras penas que se prestara á celebrar la dicha conferencia. Para rechazarla alegaba el pretesto de que encontrándose el jefe de la revolución fuera de Cuba, á cuya autoridad estaba subordinado de todo en todo, no le era posible entrar en negociaciones de ningún género con nosotros sin la previa autorización de dicho jefe. Este no obstante, accedió á recibirnos por último, merced á las reiteradas súplicas de su hermano, y fijaron entrambos el día 24 de aquel mes para celebrar la entrevista propuesta, la cual efectivamente se verificó en el mismo campamento de Peralta á diez leguas de Holguín en los montes de San Lorenzo y bajo las condiciones previas que impuso, á saber:

Que se había de celebrar la entrevista en su mismo campamento: que no habían de pasar de siete personas las que fueran á conferenciar con él, y para esto habían de presentarse allí sin armas; que al llegar á un

punto que designó, cuyo nombre no recuerdo en estos momentos, debíamos hacer alto y tirar un tiro al aire, y por último, que si á esa señal de nuestra presencia en aquél lugar no contestaban los suyos con otro tiro, nos abstuviésemos de pasar la línea marcada por él, so pena de caer en poder de alguna avanzada insurrecta.

Al tener conocimiento el que esto escribe de esas extremadas exigencias, tan extrañas como suspicaces y ofensivas por otro lado á nuestra dignidad personal, mucho más si se tiene en cuenta la buena fé con que ofrecíamos al Sr. Peralta el olivo de la paz, hube de desconfiar á mi vez de sus buenas intenciones, fuerza es decirlo en honor de la verdad, con tanto más motivo, cuanto que, su altanería colocaba á la Comisión en situación harto difícil y desairada.

Después de reflexionar maduramente el asunto, concluí por someterme á la voluntad del Sr. Peralta, dispuesto como estaba ya á arrostrar cualquier peligro personal antes que cejar, por temores más ó menos fundados, en mi desempeño por asegurar el cumplimiento de mi encargo.

Inmediatamente puse en conocimiento del General Valera lo que ocurría, y aunque receloso él, pues el caso no era para menos, y reunida la Comisión en La Periquera, lugar donde celebrábamos nuestras conferencias, acordamos, por último, tras no poco discutir la gravedad del asunto, aceptar las

bases propuestas por el Sr. Peralta, D. Belisario, y comunicarle, como lo hicimos, que nos esperase en su campamento el expresado día 24.

Mientras tanto llegaba el momento de emprender viaje al mencionado campamento, me propuse estudiar con sumo cuidado la situación que nos rodeaba, y sobre todo, el espíritu que reinaba en Holguín con relación á la nueva tentativa revolucionaria.

A poco de iniciar mis observaciones comprendí que se hallaba la Comisión al borde de un precipicio rodeado de pasiones, alimentadas estas al calor de ciertos intereses particulares que buscaban medro personal, á la sombra de aquel trastorno político.

En efecto, existían allí tres elementos más o menos propicios á la continuación de la guerra, cuyas intenciones se descubrían á la legua, por más que se procuraba ocultarlas bajo las apariencias de un mal concertado disimulo.

Me refiero, en primer lugar, al contingente joven del elemento militar inclinado siempre, como es natural, á esperar de los azares del combate algún ascenso en beneficio de la carrera: en segundo, una fracción considerable del comercio de aquella localidad y de sus contornos, á quienes convenía indudablemente el movimiento de tropas: por lo que medra *cierta clase de negocios* en casos semejantes; y por último, una porción aunque escasa é insignificante del elemento del país, acostumbrada ya á la vida

azarosa pero animada y divertida hasta cierto punto, de los campamentos, en una guerra de emboscadas de poco riesgo personal para ellos; y tan cierto es esto que acabo de manifestar, que según de público se decía allí, aquel movimiento armado se había preparado á ciencia y paciencia de todos los elementos que componen la sociedad holguinera.

Entonces fué cuando llegué á conocer en toda su desnudez lo difícil de mi situación, los peligros que rodeaban á la Comisión si había de llevar á cabo su compromiso, y lo pesado de la carga que había echado sobre mis hombros débiles.





Esto no obstante, cerré los ojos como suele decirse, comprendiendo que no era ya tiempo ni había posibilidad de retroceder decorosamente. Sin embargo, temeroso del éxito pues á mayor abundamiento el resultado de nuestra campaña pacificadora se presentaba cada vez más dudoso por las razones que acabo de exponer, calculé que necesitaba poner á cubierto de toda sospecha ulterior la actitud noble y leal que se proponía asumir la Comisión en las conferencias que se preparaban, y con esa única mira, aunque disimulada mi intención, pedí al General Valera que nos acompañara el Coronel D. Alvaro Suárez Valdés, en quien veía yo que se tenía confianza absoluta, y por lo tanto su presencia convenía al objeto de mis previsiones, con tanto más motivo, cuanto que tenía y tengo al Sr. Suárez Valdés en el concepto de un cumplido caballero.

Tras alguna resistencia, por la falta que hacia dicho Coronel en las operaciones militares, cedió al fin el General Valera, y se convino en que nos acompañaría á las conferencias.

En medio de todo esto alguien me advirtió que se trataba de contrarrestar los efectos de nuestra propaganda con la especie lanzada *sotto voce* de que nosotros no estábamos autorizados por el Gobierno para entendernos con los insurrectos, sino simple y sencillamente por el Partido Liberal y sin otro caracter que el de caballeros particulares. No dejó de impresionarme la noticia, pues tenía yo plena seguridad de que por aquella época, y aun hoy todavía, salvo alguna que otra excepción, éramos tenidos y mirados los liberales de Cuba como gente peligrosa infestada de mal contagioso: extranjeros en su propio país y sin cónsul. Convenía todo eso á ciertos propósitos de brutal dominación ejercida en Cuba frecuentemente, y es que Dios ciega á los que quiere perder.

Coincidió todo esto con un suelto de fondo publicado por el *Periquero de Holguín*, en el cual estando yo prevenido como lo estaba, y fuera cierta ó no la noticia que se me había dado, podía verse un indicio de que efectivamente se trataba de atajarnos en nuestro camino por medio de un ardid más ó ménos provechoso; pero de todas maneras maquiavélico. En tal concepto, creí conveniente dirigirme al expresado periódico, en la forma que se verá, pues transcribo literalmente la aclaración que después hizo público dicho periódico.

(*El Periquero*, Holguín 24 de Septiembre de 1879.)

UNA ACLARACIÓN, UN REMITIDO
Y UNA CARTA.

Con motivo del suelto de fondo que publicamos en el número anterior sobre la Comisión que desde la Capital de la Isla llegó á esta ciudad para conferenciar con los insurrectos, el Sr. D. Herminio C. Leyva, miembro de dicha Comisión, nos ha remitido el siguiente comunicado:

Sr. Director de *El Periquero*:

Muy señor mío: En el número de hoy de su apreciable periódico, acabo de leer el suelto en que se sirve usted dar cuenta de la llegada á este pueblo de la Comisión á que tengo la honra de pertenecer, manifestando usted que *venimos comisionados del Centro del partido Liberal de la Isla á fin de conferenciar con los insurrectos*; y como quiera que al dar usted la noticia incurre en un error que, á mi modo de ver, conviene esclarecer para que no se extravíe la opinión pública en asunto tan delicado de suyo, permítame usted, ya que se me obliga á ello, que esclarezca los hechos tal cual los hechos son.

Deseoso el Excmo. Sr. Gobernador General de agotar cuantos medios de conciliación estén á su alcance para evitar que vuelva á encenderse la guerra en Cuba, nos ha dispensado S. E. la honra de confiar en nosotros para que á su nombre, pongamos en práctica aquellos medios; y nosotros que solo aspiramos al bienestar del país, hemos

aceptado el encargo con gusto, seguros de que si el éxito no corona los deseos del Gobierno ni nuestros esfuerzos personales para conseguir la tranquilidad de la comarca que nos vió nacer, habremos cumplido al menos con un deber sagrado en aras de la paz y por consiguiente de la prosperidad de Cuba.

Por lo expuesto, Sr. Director, comprenderá usted fácilmente que nos encontramos aquí, no comisionados exclusivamente por el Centro del partido Liberal, al que tengo la honra de pertenecer, sino por el Excelentísimo Sr. Gobernador General de la Isla, lo cual es muy distinto, así en la esfera de la política como en la significación de nuestra misión.

Pero ya que usted se ha referido al Partido Liberal en la cuestión que nos ocupa, cumple á mi deber manifestarle también que, efectivamente, el Partido Liberal me ha confiado á su vez el encargo, según verá por el adjunto impreso, de manifestar aquí pública y privadamente, cuales son sus sentimientos y su modo de pensar y de proceder en estos momentos críticos para el país entero.

Tambien tengo la honra de incluirle un ejemplar del manifiesto que ha dado á sus electores del Camagüey el Diputado á Cortes Sr. D. José Ramon Betancourt, cuyos documentos adjuntos le ruego se sirva publicar en las columnas de su apreciable periódico, á fin de que tengan la mayor circulación posible.

Volviendo al Partido Liberal, supongo que habrá usted leído en nuestro periódico *El Triunfo* la enérgica protesta que hizo el Partido tan luego llegó á la Habana la triste noticia del injustificado levantamiento de Holguín; noticia que nos consternó á todos y que hoy que me encuentro, por decirlo así, en el teatro de los acontecimientos, veo que llegó allí un tanto exagerada, porque dicho sea en obsequio de la verdad y para honra de la mayoría de los holguineros, no merecía el calificativo de *levantamiento de Holguín* el hecho aislado de haber empuñado las armas *guiados por un error lamentable sin duda alguna*, unos pocos vecinos de esta jurisdicción, contrarrestando la opinión general, que está dispuesta, como usted sabe, á esperar pacíficamente que las Cortes del Reino resuelvan en su época los problemas políticos y sociales que han de proporcionar á Cuba su bienestar futuro.

Y tan es así, que ese pequeño movimiento no ha encontrado apoyo moral ni material en la inmensa mayoría de estos habitantes; como no lo han encontrado tampoco en los principales centros de la Provincia, pues me consta que Bayamo, Tunas, Jiguani y otras localidades importantes han protestado contra él, manifestando estar completamente de acuerdo con la política y la conducta que guía al Partido Liberal.

Agradeciendo á usted la verdadera interpretación que ha dado á las intenciones de mi Partido, al escribir el suelto que motiva

estas líneas, tiene el gusto de ofrecer á usted las consideraciones de sus respetos, su affmo. s. s. q. b. s. m.,

Herminio C. Leyva.

Por el anterior escrito comprenderán nuestros lectores que no hemos incurrido en error alguno, al dar la noticia de la llegada á esta ciudad de la Comisión de referencia.

Habíasenos dicho que el Centro Liberal de la Isla la enviaba con el fin de que, al avistarse con los insurrectos, les hicieran presente lo inmotivada que es tal conducta; porque imposibilita la marcha de las reformas que se esperaban de las Cortes de la Nación, donde están hoy nuestros representantes; y caso de no conseguir una avenencia y negarse á deponer las armas, serían los primeros—los hombres del Partido Liberal, se entiende—que les combatirían en todos los terrenos que necesario fuese.

Y esto tiene perfecta explicación en el mismo comunicado del Sr. Leyva, toda vez que dice, *que efectivamente, el Partido Liberal LE HA CONFIADO á su vez el encargo de manifestar aquí pública y PRIVADAMENTE cuáles son sus sentimientos y su modo de pensar y de proceder en estos momentos críticos para el país entero.*

El Sr. Leyva es, pues, miembro de la Comisión, y como tal, está autorizado no solamente por el Excmo. Sr. Gobernador General de la Isla para la importantísima

misión de la reconciliación, sino que lo está también por su Partido con el mismo objeto.

Nosotros, al escribir el suelto que motiva hoy estas líneas, lo hicimos con alguna precipitación y con los antecedentes que se nos habian facilitado de antemano; no creyendo, sin embargo, como no creemos, haber cometido otra falta que la de haber omitido el encargo que les confió el Excelentísimo Sr. Gobernador General, que tiene un doble valer, toda vez que la iniciativa parte de la primera Autoridad de la Isla, que deseosa más que nadie de que la sangre de hermanos no vuelva á manchar este rico suelo, ha escogido personas tan distinguidas, sensatas y patrióticas, como son los Sres. Rodriguez, Peralta y Leyva, á los cuales encarga el más santo de los fines, la reconciliación.

De todas maneras, no es una razón esa para que la opinión pública se extravíe, ni se ha incurrido en *error* y si en *omisión*, debido á la precipitación con que hemos dicho fué escrita la noticia; y el Sr. Leyva y sus dignos compañeros, pensando bien el asunto, convendrán en que no hay más falta que la *omisión* que dejamos consignada.

Por lo demás que contiene el escrito, estamos completamente identificados en todas sus manifestaciones, y pedimos al Cielo corone los esfuerzos de la Comisión, para que vuelva á lucir en nuestro suelo la aurora de la PAZ que tantos bienes ha de reportarnos.

No siéndonos posible acceder á los deseos del Sr. D. Herminio Leyva, en publicar, por lo extenso, el manifiesto que dirigió á sus electores del Camagüey el Sr. D. José Ramón Betancourt, en atención á las estrechas condiciones de nuestro periódico, insertamos, sin embargo, contando con el beneplácito de la censura, la carta que al Sr. Leyva dirige el Sr. D. Antonio Govin, miembro de la Junta Central del Partido Liberal de esta Isla. (1) Dice así:

«Sr. D. Herminio de Leyva.

Presente.

Muy señor mio y distinguido correligionario: Cónstale á esta Directiva la influencia que ejerce Vd. en un crecido número de nuestros correligionarios, así como sus buenas relaciones con personas que residen en distintas localidades de esta Isla, influencia y relaciones, que no dudo pondrá Vd. al servicio de la Junta Central, porque bien sabemos que se encuentra Vd. completamente identificado con la política que practica y recomienda.

Los sucesos ocurridos hace poco en la provincia de Santiago de Cuba, exigen de la Directiva del Partido Liberal que utilice todos los medios, oficiales y particulares, para

(1) Era y es á la vez el Sr. Govin Secretario de la Junta.
(N. del A.)

impedir que se altere el orden y sufra menoscabo la tranquilidad de que tanto ha menester este desgraciado país cuyas anchas y profundas heridas es preciso cerrar á fin de que pueda entrar de lleno y con todo éxito en vías de prosperidad y bienestar, pues un pueblo como el de Cuba, hoy arruinado y en la necesidad de resolver problemas gravísimos, como el de la esclavitud, no puede encontrar base segura ni recursos sino en el respeto escrupuloso de la legalidad.

Jamás debe olvidarse que estamos en un periodo constituyente; que nada se ha resuelto definitivamente y que hoy, á diferencia de otras épocas, tenemos á nuestra disposición medios eficaces y garantidos para pedir que se resuelvan todas las cuestiones de Cuba con el criterio que dictan los intereses del país y los sentimientos de libertad, de justicia y de reparación. La fuerza no cabe ni la violencia procede en situaciones que nos brindan medios de acción ordenada y pacífica. Debemos aprovecharlas con decisión, con la viril energía que inspira un patriotismo sano é inteligente, siendo un error de deplorables consecuencias que precipitemos la marcha de los sucesos porque, así, lejos de servir los intereses del país los corrompemos, y provocamos situaciones de fuerza en que sólo puede reinar el desconcierto, la incertidumbre y el consiguiente malestar.

La primera de las virtudes políticas consiste en saber esperar, no en el ocio sino en-

tregados todos al trabajo incesante en bien de la patria, por los medios legales y en perfecta unión y armonía por lo mismo que existe comunidad de intereses. Aprovechemos la prensa, la tribuna y la asociación. Sepamos todos cumplir nuestro deber, nosotros aquí y nuestros representantes en las Cortes, y no desesperemos.

Usted que piensa como esta Directiva, no podrá menos que secundarla eficazmente siempre que le fuere posible y se ofrezca la oportunidad, añadiendo en apoyo de la única política salvadora para este país, las consideraciones que su buen juicio y ardiente patriotismo le sugiera; de esa manera presta usted un valioso servicio á la causa del orden que es la condición necesaria para que la libertad se implante y florezca en Cuba, no sujeta á los peligros y mortales vacilaciones de la guerra, sino cimentada en la paz y en el trabajo. La experiencia demuestra que ningún pueblo se suicida, siendo indudable que la Isla de Cuba sucumbiría si los que la aman despreciaran los consejos de la prudencia para obedecer á las ciegas sugerencias de la pasión, que nunca ha creado nada sólido en el orden político y social.

Disimule usted, querido amigo, la extensión que sin querer he dado á ésta; pero cuando del bien del país se trata, y cuando se recuerda las durísimas lecciones de la experiencia, merece disculpa la molestia que pueda causar indicando y encareciendo los

medios de salvación que el amor á la patria dicte.

Cuente como siempre con su affmo. amigo y correligionario,

Antonio Govin.

Habana, Septiembre 13 de 1879.»





En ese estado las cosas llegó el día 23: se dió orden por telégrafo al Coronel Suárez Valdés que se hallaba en operaciones fuera de Holguín, para que se uniera á la Comisión en el Yareyal, donde pasamos aquella noche con objeto de adelantar camino y llegar más temprano el 24 á los montes de San Lorenzo.

En efecto, en la madrugada de ese día emprendió viaje nuestra pequeña caravana, compuesta del expresado Coronel Sr. Suárez Valdés con sus dos ordenanzas, y los señores D. Jesús Rodríguez, D. Manuel Gravede Peralta, el práctico D. Francisco Labrada y el que esto escribe; total siete personas desarmadas, excepto Suárez Valdés y sus ordenanzas, que no podían ni debían desprenderse de las armas que necesariamente portaban como militares.

Serían como las once de la mañana cuando llegamos al punto donde debíamos hacer alto y disparar el tiro al aire en son de aviso exigido por Peralta. Estábamos al extremo de un potrero, próximo á una cerca de piña de ratón, cuya hierba de guinea casi nos cu-

bría á pesar de hallarnos á caballo: tal es la feracidad de aquella tierra prepotente.

Sonó el tiro convenido y desde luego todos nos volvimos oídos, en espera del tiro de respuesta. Pasó un gran rato sin que tuviéramos contestación alguna, pues la fuerte brisa que reinaba en aquellos momentos no nos permitió oírlo, siendo así que ellos aseguraron después haber contestado. En esa situación expectante estuvimos algunos minutos, hasta que cansados ya de tanto esperar y sofocados por el excesivo calor aumentado por la hierba de guinea que nos cubría, dispuse que avanzara el práctico cautelosamente para inquirir las causas de aquel silencio. Volvió á poco rato el Sr. Labrada manifestándonos que podíamos seguir camino, pues se encontraba cerca de allí una avanzada insurrecta que nos esperaba.

En efecto llegamos á donde ella estaba y después del ¡quién vive! de ordenanza y su contestación correspondiente, se abrió una *tranquera*: se nos contó y ordenó continuar. Como á media legua ó poco más, otra avanzada, otra *tranquera* é iguales precauciones de seguridad para el Sr. Peralta. Por fin, al cabo de algún andar todavía algún trecho por lomas y vericuetos, llegamos al campamento deseado. Adelantóse el Sr. Peralta á recibirnos, rodeado de su Estado Mayor, con revólver y machete á la cintura, elegantemente vestidos con el uniforme de *Cuba libre*.

Echamos pié á tierra y entregadas nuestras cabalgaduras á los ordenanzas del cam-

pamento nos invitó su jefe á tomar asiento, después de los saludos de rigor recortados por nuestra parte, pues á duras penas podíamos disimular nuestro desagrado por el exceso de precauciones militares con que se nos recibía.

Nos hallábamos en un lugar delicioso, así por su altura, dominando el extenso valle que se dilataba á nuestra vista, como por la temperatura que refrescaban coposos árboles, tan frondosos, que no permitían el paso á un solo rayo del sol ardiente en aquellos momentos. Una brisa consoladora lamía nuestros cuerpos caldeados tras fatigoso andar al campo raso.

Se había chapeado y barrido con primor el suelo en que nos hallábamos y se habían construído varios asientos en forma de herradura con cujes de yaya, todos de un mismo grosor, despojados de la corteza y presentando, por lo tanto, extremada blancura. Se nos había preparado, pues, una especie de cámara parlamentaria, tan rústica como poética y agradable.

Constituídos en sesión, por decirlo así, me tocaba tomar la palabra como lo hice, expresando extensamente el objeto de nuestra misión patriótica: los móviles que nos impulsaban: los poderes de que estábamos revestidos, invitando á Peralta á que depusieran unas armas “que han empuñado ustedes, les dije, faltando á lo acordado en el Pacto del Zanjón y á las conveniencias de la paz y el sosiego que necesita nuestro

país, después de tantos años de cruentos sacrificios, para su reconstrucción y bienestar futuro.”

Soy mal orador, muy malo, lo reconozco y lo digo sinceramente; pero en aquellos momentos, inspirado tal vez por las altas conveniencias de la causa que defendía, saqué fuerza de flaqueza y fui escuchado con respetuoso silencio.

Manifesté que se hallaba la Comisión en aquel lugar, no con objeto de hacer la causa del Gobierno español, por más que éste no tuviera, añadí, nada de qué acusarse en cuanto á las causas que habían promovido el nuevo movimiento armado, sino en defensa de las conveniencias del pueblo cubano, maltratadas por ustedes, les dije, con su actitud facciosa.

Creo que estuve un poco vivo en mis acusaciones porque recuerdo que Suárez Valdés, que se hallaba sentado á mi derecha, me tiró varias veces de la ropa durante mi peroración.

Esto no obstante, el Sr. Peralta, D. Belisario, algo molestado, pero conteniéndose, me contestó con tono reposado, que se hallaba en aquella actitud en virtud de órdenes superiores, emanadas del Jefe Principal de la revolución, que se hallaba en la actualidad fuera de la Isla, y que por esta razón no le era posible deponer las armas sin el previo consentimiento de dicho Jefe: que aquella, su actitud belicosa, solo obedecía al deseo de obtener la autonomía del

país, según instrucciones que había recibido de su expresado Jefe (1): que el movimiento armado era general en toda la Isla, afirmación que se adelantó á interrumpir el Sr. Rodríguez, objetando que eso no era exacto; y continuando el Sr. Peralta, manifestó que aún cuando así no fuera, él estaba resuelto á sacrificar su vida en cumplimiento de los compromisos que había contraído, dejando el resultado definitivo de la guerra, á la responsabilidad de los que habían promovido el movimiento armado.

Haciendo uso de la palabra, ordenadamente, los tres individuos que componían la Comisión habanera, por decirlo así, y empleando cuantos argumentos nos surgió nuestro deber y el convencimiento firmísimo de nuestras opiniones, tratamos de persuadir al Sr. Peralta del error en que estaba al suponer que apoyaba un movimiento general en todo el país (2); creencia que me pareció de suma importancia desvanecer, por lo mismo que Peralta se fijaba mucho en ella como poderoso argumento para defender su actitud.

(1) Es de notarse, en honor del Sr. Peralta, que durante la conferencia, ni después de ella, no pronunció el nombre del Sr. García Iñiguez.

(2) Era para nosotros, en efecto, un error, pues ignorábamos que aquel movimiento tuviera ramificaciones en otros lugares del país, como supimos después.

Por fortuna, contuvo á los descontentos del Camagüey, el Sr. D. José Ramón Betancourt, con el Manifiesto que dirigió á sus paisanos; y á los de las Villas, los Sres. D. Antonio Govín y D. Leopoldo Cancio, á cuyo efecto hicieron un viaje á la capital de la provincia, tan fructífero, que quedó limitado el movimiento separatista al Departamento Oriental, donde había estallado.

Añadimos en abono de nuestras exhortaciones, que hasta aquellos momentos el Gobierno español había cumplido por su parte, los compromisos que había contraído en el Pacto del Zanjón; siendo por lo tanto injustificado, cuando ménos, aquel movimiento insurreccional: que ellos con su actitud altamente inconveniente y desacertada, lejos de propender al triunfo de la Autonomía, solo conseguían dificultar su realización, siendo así que no era político ni racional siquiera pedir semejante sistema de Gobierno para el país, con las armas en la mano: que se habían olvidado de que nos encontrábamos los cubanos atravesando un período constituyente, nacido á la sombra de la Paz del Zanjón, aceptado por todas las clases ilustradas de la sociedad cubana, y que mientras las cuestiones que de él dependían no se resolvieran en definitiva por las Córtes del Reino, era altamente censurable la conducta de cualquier fracción, que impaciente, se separara de lo estipulado, cuya legalidad convenía á nuestros intereses políticos, guardar dentro de la esfera de los principios, á fin de obtener en todo tiempo el respeto que siempre merecen los hombres que saben cumplir honradamente sus compromisos.

Entre otras cosas, nos arguyó en seguida el Sr. Peralta, que él no había suscripto el Pacto del Zanjón, y que por lo tanto no estaba obligado á respetarlo; á lo que le contestamos, haciéndole notar que si no lo ha-

bía autorizado con el material testimonio de su firma, estaba en la obligación de someterse á él, puesto que su aceptación se hallaba implicada de hecho por su personalidad, desde el momento en que depuso las armas en virtud de dicho Pacto, y como consecuencia de lo acordado por sus jefes.

Insistimos reiteradamente en nuestros argumentos para que depusieran las armas, siempre haciendo hincapié en que habían cometido un error fácil de salvar todavía, sin más derramamiento de sangre ni otros trastornos para el país. Vacilante ya el señor Peralta, nos hizo la siguiente proposición, absurda por todo extremo.

Que se le dejara con su gente en la actitud que había tomado, prometiendo que no molestaría á las tropas del Gobierno, siempre que éstas no molestasen á las suyas; y que de esa manera permanecería en los montes hasta que las Córtes resolvieran en definitiva las cuestiones de Cuba.

En su ánimo debía él mismo presentir lo imposible que era admitir semejante despropósito, pues fácil nos fué disuadirlo, haciéndole observar que para ningún Gobierno legalmente constituido, era admisible semejante convenio, y por lo tanto, la proposición si no era ofensiva para España, era facciosa á todas luces, por su naturaleza.

Desconcertado ya nuestro contrincante y reducido con sus argumentos á los últimos linderos de su tenáz resistencia,—pues la verdad me impone el deber de consignar

que el Sr. Peralta se hallaba resuelto á no ceder,—pidió se le concedieran veinte y cinco días de plazo para reunir á todos los oficiales que militaban á sus órdenes, á fin de consultarlos sobre la gravedad del caso, proponiéndoles la rendición de las armas, trámite sin el cual no podía él acceder á nuestra demanda.

Comprendiendo nosotros lo razonable de su petición, y teniendo el convencimiento de que Peralta estaba ya vencido de hecho, accedimos en parte á lo propuesto, pero con tal que se limitara el plazo á tres días solamente; pero aquel insistió en los veinte y cinco, fundándose en que por hallarse muy dispersas sus partidas, necesitaba tiempo para comunicarse con ellas; “tanto más indispensable se hace esto, nos dijo, cuanto se me dificulta encontrarlas cuando quiero, á causa del movimiento constante en que las tienen las tropas del Gobierno.” Convinimos, por lo tanto, tras largo pugilato, en que se escatimaban días por una y otra parte, en que fuera dicho plazo, de doce días, siempre que el General Valera, en su calidad de Comandante General del Distrito, consintiera en suspender las hostilidades, durante tanto tiempo, sin lo cual no era posible dar por cerrado el compromiso.

Fijadas de esa manera las bases de un arreglo probable, en obsequio de la paz, la discusión se hizo general, y tomando la palabra uno de los oficiales de Peralta, el señor D. Cornelio Rojas, pues todos hasta

aquel momento, habían guardado profundo silencio, así como también el Coronel Suárez Valdés, nos manifestó el Sr. Rojas, que ellos estaban sumamente disgustados porque el General Martínez Campos, había dicho en el Congreso de los Diputados, según telegrama publicado en los periódicos de la Isla, *que á los quince días de haber tomado posesión del Gobierno General de la Isla, ya había cumplido cuanto ofreció al país en el Pacto del Zanjón.*

En vista de ese argumento, el único fundado, aunque aparentemente, entre todos los expuestos en la conferencia, la comisión no pudo excusarse de entrar en las consideraciones de orden político que explican como el General Martínez Campos al pronunciar aquellas palabras en nada había faltado á la verdad de los hechos, en armonía con lo estipulado en el convenio del Zanjón, pues comprometido á plantear en la Isla de Cuba las instituciones vigentes en Puerto-Rico, así lo había verificado con notable actividad promulgando las nuevas leyes municipales, estableciendo las Diputaciones provinciales y disponiendo lo conveniente para las elecciones de Diputados á Cortes, que era todo lo que á él le competía hacer en su calidad de Gobernador General de la Isla y todo lo que se había obligado á hacer en nombre del Gobierno de España, en virtud del artículo primero del Pacto, constando todo lo dicho en la *Gaceta* de la Habana, pues la resolución de los demás particulares pendientes,

así de orden político como social y económico, competía exclusivamente á los cuerpos colegisladores de la Nación, con asistencia de los representantes cubanos, siendo arbitrario ó ilegal cualquiera otro procedimiento.

Destruídas de esa manera correcta las objeciones formuladas por el Sr. Rojas, todos, incluso él, protestaron estar conformes con lo manifestado por la Comisión, y dispuestos por consiguiente á rendir las armas en el plazo estipulado, si así lo acordaba la mayoría de los jefes y oficiales insurrectos.

Levantada la conferencia oficial bajo tan favorables auspicios, entramos todos en más desembarazada conversación, teniendo entonces lugar amigables explicaciones en las que ya tomó parte el Coronel Sánchez Valdés, discretamente reservado hasta entonces, por lo delicado de la posición que allí ocupaba.

Poco tiempo después y terminado un ligero almuerzo-comida que concluyó con un bríndis á la *felicidad de Cuba unida á España*, propuesto por la Comisión y aceptado y aplaudido por todos, sin distinción, nos retiramos del campamento de Peralta, llevando la grata esperanza de que las armas serian depuestas en el plazo convenido. Tal fué el espíritu de concordia que reinó al finalizar aquella conferencia.

De vuelta en Holguin la Comisión, al obscurecer del mismo día 24, pues forzamos la marcha para llevar cuanto antes nuevas

tan gratas, y hecha al General Valera la proposición del plazo de los doce días, éste lo concedió desde luego, disponiendo en el acto la suspensión de las hostilidades.

Así se le comunicó á Peralta al siguiente día por la Comisión, fijándose el 7 de Octubre para la resolución definitiva que debía adoptarse.





Como teníamos pactado de antemano, por medio de cartas, una conferencia para el día 26 con D. Luis de Feria, que mandaba las partidas disidentes en la parte oriental de Holguin, emprendimos viaje al amanecer del expresado día en dirección al lugar de la cita, ó sea en los montes de San Fernando, á cinco leguas de Holguin.

Era el lugar elegido por Feria para la conferencia, un rancho de guano de no gran tamaño, forrado de yaguas en solo una mitad. Servia de dormitorio esta última parte de la casa, y la otra de cocina y sala de recibo, todo junto. Hallábase situado dicho rancho en la cima de una pequeña montaña, frondosamente cuajada de árboles corpulentos, entre cuyos troncos se veían pasar á corta distancia algunos hombres armados que por allí discurrían con el intento, sin duda alguna, de hacernos ver que no estaban desprevénidos. Bien es verdad que lo mismo observamos en el campamento de Peralta: pasaban y repasaban y volvían á pasar á suficiente distancia para dejarse ver.

Cuando nos presentamos en el lugar de

la cita, solo se encontraba en el rancho una mujer pobremente vestida, de color dudoso, y la cual no se sorprendió ni poco ni mucho al vernos echar pié á tierra; probablemente nos esperaba.

La saludamos cortesmente y preguntándole por D. Luis de Feria nos manifestó que no sabia de él; pero que acaso no tardaría en llegar; porque solia pasar por allí. Nos brindó á tomar asiento, sin duda alguna para llenar las tradicionales prácticas de la hospitalidad más exquisita con que tratan nuestros campesinos á sus huéspedes, puesto que escaseaban las sillas en aquella pobre habitación: un banco de cujes, un taburete viejo de cuero, algunos trozos de madera fungiendo de banquetas, constituían todo el mueblaje.

Nos acomodamos allí como mejor pudimos y al cabo de mucho esperar pacientemente resignados, se presentó el Sr. Feria con dos ó tres de sus oficiales, algo quebrantada su salud á juzgar por el aspecto descompuesto de su semblante: llevaba un pañuelo atado á la cabeza.

Después de los saludos de rigor, pujados de una y otra parte, expúsele el objeto de nuestra misión en breves palabras, pues el aspecto triste y nebuloso que presentaba aquel lugar se prestaba poco á grandes expansiones: pesaba la atmósfera como si estuviésemos bajo una losa de plomo, sin que pueda yo explicar á que orden de influencias obedecía aquella situación singular.

Hícele presente que habíamos celebrado una conferencia con Peralta en los montes de San Lorenzo, y el resultado de ella, noticias que acaso conocía ya el Sr. Feria tanto como nosotros, pues no pasaba cosa alguna en el campo insurrecto que no se supiera con todos sus detalles en la población y viceversa.

Nos contestó el Sr. Feria que operaba, palabras textuales, á las órdenes del Brigadier Peralta y que si este se hallaba dispuesto á deponer las armas, «yo y los míos, nos dijo, seguiremos su conducta.»

Animados nosotros con tan satisfactoria manifestación, entramos en varias consideraciones de orden político, pertinentes á la conveniencia para el país de que cesara aquella situación. Me fuí entusiasmado al extremo de mostrarme quejoso de la contestación que había dado Soria al coronel Pin, á propósito de la carta del Sr. Cardet, afeándoles de paso la conducta que habían usado con nosotros, heraldos de la paz.

Nunca hubiera tocado yo este asunto. Súbitamente entonóse el Sr. Feria al recuerdo de aquel acontecimiento, y dándose una importancia tan fuera de lugar como inconveniente al objeto de la conferencia, nos manifestó, con el mayor desenfado, que el ataque de Mayarí lo había dirigido él personalmente, enumerando á grandes rasgos, como quien tira tajos y mandobles, sus proezas de aquel día, sin olvidar el destrozo que había hecho al enemigo.

Semejante arrogancia en aquellos momentos y en presencia del Coronel Suárez Valdés, nos impresionó á todos, tanto más cuanto que, lívido éste, le vimos vacilar entre los impulsos de la ira y la prudencia que le tocaba guardar en aquellos momentos para no producir una ruptura en las negociaciones entabladas, que, de seguro, hubieran dado al traste con todos nuestros trabajos de conciliación anteriores.

Me apresuré, pues, á evitar tamaño desahogado, distrayendo la atención de Suárez Valdés, no recuerdo ahora con qué pretexto, y llamando aparte á Feria, que salió conmigo fuera del rancho.

Estuve hablando con él todo el tiempo que creí suficiente para que se calmaran los ánimos, y poco después dispuse nuestro regreso á Holguin, sumamente disgustado por aquel incidente y no menos impresionados mis compañeros de comisión, á tal extremo, que durante todo el viaje fueron pocas, muy pocas, las palabras que se cruzaron entre nosotros. Era ya más de medio día y ni siquiera se nos acordó que teníamos que almorzar: lo hicimos á orillas de un río, estando ya próximos á Holguin.

Así terminó aquella memorable jornada, en la que estuvo á pique de peligrar el éxito de nuestra misión pacificadora, pues he de advertir que, sin embargo, de no haber tomado el Sr. Feria, para recibirnos, las precauciones ostensibles de seguridad que se tomaron en los montes de San Lorenzo, no

por eso dejábamos de estar muy vigilados durante la conferencia por gente armada, como dije antes, apostada allí para acudir á cualquier evento, y la cual si no se dejó *sentir* como en el campamento de Peralta, intencionalmente se dejaba ver de cuando en cuando, así como para advertirnos que no estaban desprevenidos.

Por fortuna, y creo que puedo decir de milagro, regresamos aquel día á Holguin sin tropiezo alguno en el camino. Aquello estaba feo, muy feo: era mucha la desconfianza por parte de los insurrectos.





Antes de salir de Holguin á conferenciar con Feria, habíamos recibido una carta suscripta por D. Angel Guerra, jefe de una partida independiente, invitándonos á una entrevista para el día 28.

Convino la Comisión en no aceptar el ofrecimiento, ora porque la redacción de dicha carta y su pésima ortografía denunciaban la poca significación política de su autor, ora también porque según noticias de buen origen, la partida de Guerra no tenía importancia alguna por su escaso número y porque militando á las órdenes de Feria se había separado de él por cuestiones de dudosa calificación. Era, pues, un elemento perturbador, dentro de la perturbación creada por aquel levantamiento, y nosotros no debíamos entendernos con el Sr. Guerra.

Restituidos á Holguin en espera de la resolución que habian de tomar las tropas insurrectas en su día, según lo pactado con D. Belisario Peralta, encaminamos nuestra campaña de paz adoptando otro procedimiento distinto del que habíamos seguido

hasta entonces. La emprendimos en el terreno puramente diplomático, por decirlo así.

Al efecto y teniendo noticias del espíritu conciliador que flotaba entre las gentes de Bayamo, Jiguaní y las Túnas, las cuales habíase temido con fundamento que también se levantarán en armas de un momento á otro, pues en la guerra, una vez prendida la chispa se extiende fácil y prontamente cuando hay quien la alimente, resolvimos dirigirnos á las personas más caracterizadas del elemento del país, en aquellas localidades proponiéndoles una conferencia en lugar que ellos eligieran, á fin de obtener su concurso para asegurar la tranquilidad pública en el resto del Departamento Oriental.

Era el mejor medio, en mi sentir, de conseguir que la guerra no saliera del círculo reducido, relativamente hablando, en que se encontraba limitada en aquellos momentos, y ya casi vencida como se verá más adelante; y era también nuestro propósito seguir por ese camino de pueblo en pueblo hasta llegar á la capital de la provincia si hubiese sido necesario, pero, ¡ay! no contábamos con la huéspeda, como suele decirse.

Con tales propósitos nos dirigimos por escrito en una especie de circular á los señores Dr. Martinez, D. Juan Ramirez, señor Valdivia, D. Francisco Varona y á otros caballeros cuyos nombres se escapan en estos momentos á mi memoria harto frágil.

Nos dirigimos á ellos rogándoles en nom-

bre del Partido Liberal aceptaran la expresada conferencia para tratar de asuntos que importaban mucho al bienestar de nuestro país.

Supimos confiadamente que nuestra demanda fué acogida con aplauso, y cuando esperábamos contestación adecuada á nuestros deseos, supimos también con no poca extrañeza y hondo pesar que habian reducido á prisión allá por las Tunas, de orden del General Polavieja, á varias de las personas que estaban dispuestas á tomar parte en la expresada conferencia, Sres. D. Ricardo Céspedes, D. Antonio Bello, D. Rafael Caimary, D. Juan E. Ramirez y D. Bartolomé Masó.

Estos señores fueron extrañados del país y enviados á Puerto Rico. Céspedes, Caimary, Ramirez y Bello fueron devueltos á la Habana al cabo de dos meses y puestos en libertad por el General Blanco: el Sr. Masó fué deportado á la Península.

¡Ah! si pudiera publicarse algo que ocurrió por aquella época en las altas esferas de la gobernación del país, yo diria ahora algunas cosas de substancia en aclaración de lo sucedido; pero son secretos de Estado que no me pertenecen, y por lo tanto, he de silenciarlos discreta y forzosamente.

Simultáneamente con esas prisiones ocurrió el asesinato en las afueras de las Tunas de un señor ex-empleado en la Administración militar, cuyo nombre propio no recuerdo en estos momentos, muy querido en

aquella localidad, vecino de la misma en otros tiempos, y el cual habia tomado parte vivísima preparando y auxiliando el ataque de las Tunas ejecutado por los insurrectos en la guerra de los diez años. A raíz de aquel suceso se lanzó al campo y después de la capitulación, creyendo asegurada su persona contra cualquier atentado, indiscretamente habia venido á las Tunas para asuntos particulares: acaso llevaria otras intenciones relacionadas con el nuevo movimiento separatista; ni lo afirmo, ni lo niego, pues estoy relatando un episodio que sólo conozco por confidencias; pero el caso fué que con motivo de ese hecho criminal, ejecutado no se sabe por quién, y en malísima hora indignados los de las Tunas, por esto y las prisiones mencionadas, léjos de responder á nuestro llamamiento, acordaron lanzarse al campo y lo hicieron así, efectivamente, en un punto próximo al rio Cauto entre Jiguaní y Bayamo.

Pocos dias después, muy pocos, y digo esto para que se vea que ya la revolución se sostenia muy trabajosamente, se presentaron á las autoridades españolas los nuevamente alzados Dr. Martinez, Valdivia, Varona y Palma, los cuales obtuvieron por premio de esa sumisión, el que fueran reducidos á prisión inmediatamente, no se si de orden del General Polavieja ó del Brigadier Pando, que se hallaba á la sazón en las Tunas.

Sucedió, pues, lo que necesariamente te-

nia que suceder, es decir, que esas medidas de fuerzas, tan recomendadas ahora por el general Polavieja, antipolíticas y perjudiciales por todo extremo á las conveniencias de la tranquilidad de los ánimos, que era necesario mantener á todo trance en aquella provincia, dieron lugar, no me cabe de ello la menor duda, á que tomara más cuerpo la revolución, prolongando la guerra los diez meses que duró. Ellas fueron, pues, las que estorbaron los efectos de nuestra misión pacificadora y serán siempre los que reanimen toda insurrección en que no tome parte el país.

Probaré todo esto en el próximo y último artículo.





Antes que ocurriesen los hechos que acabo de relatar, siendo frecuentes y muy fáciles las comunicaciones entre la ciudad y el campo insurrecto, todos los días teníamos noticias favorables á la paz, constándonos por algunas de esas referencias que llegó á tomarse acuerdo, consonante con nuestros deseos, en la reunión general que celebraron los insurrectos, y á la cual no faltó ninguno de los jefes y oficiales de las partidas; y en prueba de que se tomó ese acuerdo añadiré que Peralta hizo devolver cuatro caballos que se habian llevado los suyos del Yareyal *por no ser ya necesario al objeto de la guerra.*

Públicamente se decía en Holguin que la gente levantada en armas habia fijado el dia 5 de Octubre para deponerlas, y tanta fué esa creencia admitida por todos como un hecho positivo y no como engañosa ilusión de los que ansiosos esperábamos aquel acontecimiento, que varias familias notables de la buena sociedad holguinera, se preparaban á celebrarlo con bailes y cabalgatas.

El Periquero de Holguin, que, como recordará el lector, era de filiación conservadora, dió á luz el día 1º de Octubre el artículo que textualmente paso á copiar en justificación de lo dicho.

«ALBORES DE PAZ

Con la calma que precede siempre á los días de agitación, vamos á escribir hoy el presente artículo.

Pocas veces se habrá deslizado nuestra pluma impulsada por tan patriótico sentimiento; y lo decimos con alborozo: cuando la aurora de la paz se nos presenta aunque con tibios resplandores, desechando opacos nubarrones, nada tan justo como cantar una alabanza al Señor de todo lo creado, al Supremo Arquitecto del Universo.

Pero dejaremos esta tarea para pintarla dentro de poco con los vivos y purísimos colores de tan gran día, y demos cuenta á nuestros lectores de la aquiescencia que se nota entre los habitantes de esta comarca.

Ayer todo era alarma, sobresalto; hoy todo parece revivir de nuevo. Ayer la desconfianza reinaba en todos los hogares; hoy desde el más humilde hasta el más elevado en posición social convergen en un mismo punto, acarician una misma idea, la de la reconciliación, los albores matizados y sonrientes de la paz.

Ayer Holguin parecia un pueblo despojado, aterrado, negro, con los colores ceni-

cientos de la destrucción; con la fatídica presencia de un muerto.

Sombras errantes le cruzaban aumentando el pavor, infiltrando el maléfico aliento del angel exterminador.

Hoy Holguin revive, baila, canta, rie, se alborozaba; recuerda lo que fué en mejores tiempos; sabe que tiene un sitio marcado en el gran libro de los pueblos cultos, quiere hacerse digno, levantado, patriótico, y se esfuerza en conseguirlo, gracias á la política seguida por nuestro querido Comandante General Excmo. Sr. D. José Valera, y á la no menos emprendida por nuestro Alcalde Municipal Sr. D. Manuel Betancourt y demás autoridades que con una interpretación plausible, han secundado las miras y acertadas disposiciones de las Superiores gerárquicas.

Nadie con más autoridad que nosotros podemos hoy trasladar á la prensa el aspecto risueño que presenta nuestro pueblo ante los albores de la paz.

Fija está la prensa de la Isla entera en nuestra humilde publicación, para trasladar las impresiones de éste que llaman teatro de la guerra.

Igual resulta con nuestro apreciable colega *El Porvenir*, y este compañero verá hoy, como vemos nosotros y como lo demuestra en su último y bien escrito artículo «Lo que ocurre», que se acerca la hora bendita de la pacificación, que las presentaciones se suceden con vertiginosa rapidez, que

cada día estrechamos hermanos ilusos pero arrepentidos de su ceguedad, que vuelven á su hogar, á atender á sus desconsoladas familias, que lloraban, gemían y pedían al cielo les devolviera un destello de luz para que cesaran del error craso en que mentidas ilusiones de óptica les hacían abandonar lo más sagrado de su misión en la tierra.

Hoy Holguin goza, Holguin rie, Holguin canta y Holguin REPRUEBA lo que ha dado en llamarse *movimiento de Holguin*.

Pocos hijos de Holguin se encuentran en el campo; de esos pocos se suceden diariamente las presentaciones; de esos pocos esperamos aún que ninguno atente á la Madre Patria, que ninguno cometa un injustificado é incalificable parricidio.

Nuestro magnánimo Gobierno en su circular de Orden Público ó Estado de Sitio, hace el último llamamiento, aplaza por quince días á los que aún permanezcan en actitud hostil, que cuando termine dicho plazo quedarán muy pocos, sin prestigio y rechazados por todos los buenos que solo ven un suicidio en la actual intentona.

Esperamos de nuestros representantes en Cortes todos los bienes que la Isla de Cuba se merece, y con tal confianza, vuelvan todos á sus faenas, y que el trabajo sea el sosten de un pueblo que, como Holguin, necesita de asídua reconstrucción.

Hemos concluido por hoy: ¡qué cuando volvamos á tomar la pluma sea para dar cuenta á la Isla entera de que el mal llama-

do *movimiento de Holguin* existe solo en la mente de unos cuantos mal avenidos con el orden y el trabajo que repelen!

R.» (1)

Sin embargo, pasó la noche del domingo 5 de Octubre sin obtenerse contestación alguna, y aun cuando no habia terminado el plazo convenido, impaciente y recelosa la Comisión, determinó enviar un propio al Brigadier Peralta rogándole en carta atenta se sirviera anticiparnos algunas noticias pertinentes á los acuerdos que hubieran tomado en sus reuniones.

Al oscurecer del día 6, recibimos contestación del Sr. Peralta, manifestándonos que habian resuelto proseguir la guerra, pero protestando que no trabajaban por la independencia de Cuba.

Siento no tener en mi poder ese documento importante por todo extremo para trasladar su contenido á este lugar, pero tanto él como todos los demás relacionados con nuestros trabajos de pacificación, que fui coleccionando por orden de fechas, y el Diario de operaciones que tuve cuidado de llevar durante aquella jornada, los entregué personalmente al General Blanco. Deben encontrarse, pues, esos antecedentes en la Sección de campaña de esta Capitanía General ó en las oficinas del Ministerio de la Guerra, en Madrid.

(1) Con esa inicial firmaba sus artículos el Director de *El Periquero*, imitando al de *La Voz de Cuba*, Sr. de Rafael.



Defraudada la Comisión en las esperanzas que acarició con sobrado motivo, después de tantos esfuerzos realizados: pesarosa de que la fortuna no le hubiera favorecido en aquellos momentos y lamentando la obcecación de *todos* los que se empeñaban en amontonar escollos en el camino de la pacificación del país, que parecía asegurada ya, como lo prueba el artículo copiado de *El Periquero*, nos creímos impotentes para afrontar la situación que se nos creaba en el resto de la provincia, porque no teníamos fuerzas para luchar con las nuevas dificultades creadas por repetidos desaciertos. Acordamos, pues, exhibir al General Valera la contestación de Peralta, á fin de que resolviese lo que tuviera por conveniente respecto de la continuación de la guerra.

En efecto, el General Valera dió sus órdenes inmediatamente para que continuaran las operaciones militares con vivo empeño, y nosotros, dando por terminada nuestra misión en Oriente, lo comunicamos así por telégrafo al General Blanco y pedi-

mos nuestros pasaportes para la Habana, á donde llegamos el 21 de Octubre.

Larga fué la conferencia que celebré con el General Blanco al siguiente día de nuestro regreso á esta capital. En ella quedó reconocida la conveniencia de que se trasladara él á Oriente, como único medio de conseguir la pacificación.

Salió S. E. por la vía de Batabanó, algunos días después de nuestra entrevista, y entonces fué cuando recorrió la provincia á caballo, excursión á que se refiere el General Polavieja; es decir, después que el Partido Liberal habia contenido los primeros empujes de la revolución, minando sus cimientos, y no en la fecha y de la manera errónea que se expresa en la *entrevista* relatada por *El Tiempo* de Madrid y cuyas equivocaciones quedan suficientemente rectificadas en lo tocante á los sucesos de Holguín del año 1879, objeto de la presente publicación.

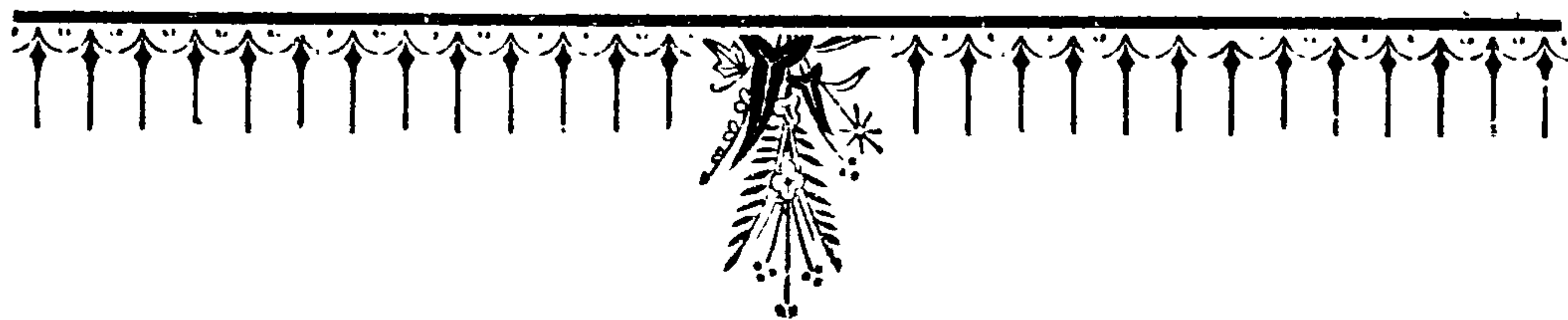
Me remito sinó al testimonio de los Generales Blanco, Valera y Suarez Valdés, al de mis compañeros de Comisión, al del señor D. Belisario Grave de Peralta y tantas otras personas caracterizadas que intervinieron conmigo en los sucesos que acabo de narrar con el fin de probar, ó mucho me equivoco, en primer lugar, que fué D. Calixto García Iñiguez y no D. Antonio Maceo, el que promovió y dirigió el movimiento del 79: en segundo, que merced á medidas conciliadoras por parte del Gobier-

no y no de fuerza, y con el auxilio poderoso del Partido Liberal pudo contenerse la revolución en sus comienzos; y por último, que cabe al General D. Ramon Blanco y Erenas, Marqués de Peña Plata, la gloria de la pacificación del expresado movimiento; sin que deje de reconocer el que esto escribe la participación que tuvieron en las operaciones militares—posteriormente á la intervención del Partido Liberal—y en cumplimiento de su deber, los Generales Sres. Polavieja y Pando, así como también otros muchos jefes y oficiales del ejército español.

Por cierto que fueron ellos, después de algunas casas navieras y otros negociantes y traficantes, los que salieron beneficiados con ascensos en sus empleos como era de rigor en el orden militar; y digo esto, no en son de censura contra ellos, sino para aviso de saludable enseñanza: los que promueven y secundan movimientos descabellados é impotentes, se sacrifican estérilmente, en beneficio de aquellos mismos á quienes miran como á sus más encarnizados enemigos.

Ténganlo presente los *Lenas* y otros *patriotas* semejantes que, obcecados, impacientes ó víctimas de los que conspiran cómodamente en el extranjero, perturban el sosiego de Cuba en provecho del régimen político y de los hombres que más detestan.





Voy á concluir haciendo constar los procedimientos de conciliación empleados por el General Blanco aún después de la contestación negativa del Sr. Peralta; y hágolo así, porque precisamente se halla S. E., el amigo apasionado de mi país, el que tanto hizo para que no se derramara sangre de hermanos, á muchas leguas del lugar donde escribo estas líneas para recordar algo de lo que se ha callado en la famosa *entrevista* de *El Tiempo*.

De regreso nosotros en la Habana nos invitó el General Blanco á que dirigiéramos al Sr. Peralta, D. Belisario, la carta que voy á copiar y que inspirada por él y redactada por mi, la aprobó y envió á su destino por conducto seguro. Decía así:

«Sr. D. Belisario G. de Peralta. —Habana, 23 de Octubre de 1889 —Muy señor nuestro: hemos llegado á esta ciudad impresionados todavía bajo el peso de su negativa, después de tantas esperanzas concebidas en el mismo campamento de Vd. en favor de la paz y tranquilidad de nuestro país.

»Al llegar aquí han venido á nuestras manos varias proclamas procedentes de Nueva York, cuya lectura nos confirma más y más en la idea que tenemos de que es Vd. víctima de un error lamentable, en el cual ha incurrido, merced á las sugerencias de personas que se valen del nombre de Vd. para sus fines particulares, cuyas pruebas las encontrará en los documentos que le acompañamos.

»En efecto, Sr. Peralta, Vd. nos aseguró solemnemente, en la conferencia que celebramos el día 24 de Septiembre y después lo confirmó por escrito en su carta del 6 de este mes, que no peleaba por la independencia de Cuba.

»Pues bien, en la proclama adjunta, marcada con el núm. 1, verá Vd. que se toma su nombre, precisamente para declarar á la faz del mundo que Vd. lo que pretende es la independencia.

»Nosotros que fiamos en la palabra honrada del caballero, sabemos que es una impostura lo que se dice en ese impreso, porque tenemos la convicción de que el original no ha salido de la pluma de Vd. y por la misma razón se lo enviamos para que vea que sigue siendo su persona el juguete de ciertas miras que sólo tienden á la ruina del país que tanto ama Vd. como amamos nosotros.

»También le enviamos la proclama marcada con el núm. 2, suplicándole se fije mucho en las palabras subrayadas, porque ellas le demostrarán evidentemente lo que le diji-

mos en su campamento respecto de que estaban Vds. aislados, porque el país no responde al movimiento iniciado en Nueva York. Veá Vd. en prueba de ello que *nadie responde á la voz de los que piden auxilio desde el extranjero*, según reza la proclama misma.

»En la de Bonachea, marcada con el número 3, encontrará confirmada la expresada idea de «Libertad é independencia para todos», manifestando que la campaña actual es la misma que la pasada, y lo más doloroso de todo esto, Sr. Peralta, es que en resumen están ustedes trabajando, no para la felicidad, sino para la ruina del país, y más que todo para que la raza de color se nos eche encima más pronto de lo que algunos se figuran.

»Por otro lado, suponemos sabrá Vd. que el Dr. Martínez, Valdivia, Varona y Palma de las Tunas, han pedido indulto, es decir, que hasta esos señores abandonan á los de Holguín apenas pisaron el campo insurrecto.

»En virtud, pues, de todo lo expuesto hemos acordado dirigir á Vd. la presente carta con el doble objeto de llevar á su ánimo el convencimiento de lo que le dijimos en la conferencia celebrada el 24 de Septiembre, é insistir en salvar á Vd. y al país de la ruina en que necesariamente lo precipita toda revolución armada.

»Reflexione con calma sobre el contenido de esta carta: crea en la sinceridad de nues-

tro proceder y tenga la seguridad de que tanto Vd. como los que quieran seguirle encontrarán garantizado su porvenir en la vida tranquila del trabajo.

»Se repiten de Vd. con la mayor consideración—*Herminio C. Leyva, Jesús Rodríguez, Manuel G. de Peralta.*»

Me consta de una manera positiva que esa carta llegó oportunamente á su destino.

